

pues de la esplicacion de la doctrina un fervoroso sermón el padre Pedro Sanchez, vinieron á casa dos diputados de la ciudad, y hablando en nombre del ilustre ayuntamiento dieron á los padres las gracias del trabajo que tomaban por el bien comun de la ciudad, en que ellos tanto interesaban como padres de la república. Solo sentimos (añadieron) que la grande distancia de esta habitacion, ó no nos dejará gozar sino pocas veces del celo y doctrina de vuestras reverencias, ó les hará añadir esta nueva incomodidad, á las muchas otras que tienen la paciencia de tolerar por nuestro provecho. En atencion á este doble motivo, nuestro cabildo ofrece á vuestras reverencias un sitio mas cómodo en el centro mismo de esta capital, de donde sin tanto trabajo participe igualmente rayos de tanta piedad y sabiduría toda su vasta circunferencia. Para su compra da de pronto veinte mil ducados, y nos obligamos á contribuir en lo de adelante cuantos sufrieren los propios de la ciudad para una obra que la esperiencia nos ha mostrado, será de tanta gloria de Dios, y bien comun de todo el reino. El padre provincial dió á los diputados, y en ellos á su respetable cuerpo, las gracias de tan piadosa magnificencia, y añadió que para casa de estudios, donde se criase nuestra juventud, era bastantemente acomodado el lugar que ocupaban algo retirado del bullicio. Que el que le hacian el honor de ofrecerle, podia servir para *casa Profesa*, que es, digámoslo así, la fuente principal de los ministerios de la Compañía. Que en dejar el que tenían podian incurrir en la desgracia del Sr. virey, que habia tenido la benignidad de ofrecerles tambien otro mejor sitio, y desairar al Sr. Villaseca que tanto se habia muchos años ántes interesado en su venida, y que aunque no abiertamente, habia dado sin embargo señales nada equívocas de intentar la fundacion de este primer colegio.

Carácter del Sr. Villaseca.

En efecto, *D. Alonso Villaseca* habia comenzado con la vecindad á frecuentar nuestra casa. Tal vez enviaba algunas cargas de cal para algunas pequeñas fábricas que emprendian. Algunas semanas se hacia cargo de pagar á los operarios. Las principales fiestas de nuestra casa eran siempre acompañadas de algun señalado don suyo. Ya un rico cáliz, ya un ornamento, ó alguna de aquellas otras cosas de que se hallaba la Iglesia ó la casa mas necesitada. Se observó que poco á poco y con mucho secreto, iba comprando ya uno, ya otro de los solares vecinos. Era hombre de estremada madurez, y de una prudencia consumada, de grande liberalidad; pero en su trato estremamente seco

y sombrío: gustaba de dar, pero su semblante no mostraba mucho gusto en que le pidiesen, y menos en que le diesen gracias por algun beneficio recibido. Siempre austero, y al parecer intratable. Vendia muy cara á los padres la confianza que habian concebido de su piedad, despedidos siempre con dureza; bien que luego les mandaba mucho mas de lo que habian tenido la mortificacion de pedirle. Tal era para con los primeros jesuitas la conducta del Sr. Villaseca, y con tales dudas probaba el Señor la filial confianza de sus siervos, mucho mas heróica en la ocasion presente, en que con la comun aclamacion de nuestros ministerios habian comenzado á inclinarse muchos ánimos á seguir el mismo piadoso instituto. El primero que con edificacion de toda la ciudad pretendió entrar en la Compañía, fué el *Dr. D. Francisco Rodriguez Santos*, tesorero de la Santa Iglesia Metropolitana de México. Este ilustre anciano, de mas de sesenta años, postrado de rodillas á los pies del padre Dr. Pedro Sanchez, le pidió se sirviese la Compañía de su persona, casas, y caudal, que queria sacrificar enteramente al Señor. El padre Pedro Sanchez, admirado de tan profunda humildad y tan piadosas lágrimas, creyó sin embargo, deberlo disuadir. Díjole que su edad no estaba para los rigores de un noviciado como el nuestro: que en el estado presente de su salud, seria nuestro Señor mas servido de él en el distinguido lugar que ocupaba en el coro de aquella Santa Iglesia, en que era el ejemplar de todo el clero y el amparo de muchos pobres que vivian de sus limosnas. Instó el venerable tesorero, que ya que su edad no le permitia gozar tanto bien, se admitiese por lo menos la donacion que hacia de todos sus bienes: que señaladamente queria mas que alguna otra cosa, aceptase la Compañía unas casas vecinas á la plaza del Volador, de una situacion ventajosa para los estudios y ministerios.

Aun esto no pareció deberse admitir. El padre provincial supo que en otros tiempos este piadoso señor habia intentado fundar un colegio de estudiantes pobres. El, como habia pasado toda su vida en Alcalá, sabia muy bien la utilidad que podia esperar el reino de tan noble proyecto. Respondióle, que por lo tocante á nuestra fundacion, no podian admirtirla sin faltar al debido agradecimiento á *D. Alonso de Villaseca*: que esto mismo habia sido parte para no admitir otras semejantes donaciones que el Sr. virey y la ciudad se habian dignado hacerles. Que á su caudal no faltaria empleo muy digno de su persona y de su piedad: que un colegio de *estudios mayores* para jóvenes pobres,

Pretende la Compañía el Dr. Santos, ofrece caudal y sitio.

No se admite y se le exhorta á la fundacion del colegio de Santos

857

bien nacidos, y de esperanzas en virtud y literatura, como se decia habia pensado en otro tiempo, cederia en mucha gloria del Señor, y mucho provecho de la Nueva-España, y la Compañía miraria siempre como á su insigne bienhechor, á quien tanta parte tomaba en la educacion de la juventud, una de las mas principales de su apostólico instituto. Consolado el *Dr. Santos*, y animado con estas razones, que por el alto concepto que habia formado del padre Pedro Sanchez, le parecian dictadas del espíritu de Dios, desistió de su pretension, y dedicó la mayor parte de su caudal á la fundacion del colegio, que de su nombre, se llamó de *Santa María de todos Santos*. Dotó en él diez becas, que se hubiesen de dar por oposicion, cuatro de teología, cuatro de cánones, y dos de filosofía, á que se agregaron dos fámulos. Dióles muy sábias y prudentes constituciones con la direccion del padre Pedro Sanchez, que aprobó el Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, arzobispo de México, á 16 de enero de 1574, (y quiso ser el mismo prebendado su rector mientras vivió, que fué poco, llamándolo Dios á gozar el premio de sus grandes virtudes). Despues de su muerte le vino cédula de S. M. en que lo tenia presentado para obispo de Guadalajara. Esta noticia es de Gil Gonzalez Dávila en su Teatro Eclesiástico del Nuevo-Mundo; pero no concuerda muy bien con la cronología de aquella Iglesia.

Primeros novicios. El lic. Saldaña.

El primero que fué efectivamente recibido en la Compañía en la América, fué el *Lic. D. Bartolomé Saldaña*, cura beneficiado de la parroquia de Santa Catarina Mártir, hombre de extraordinaria piedad, y de quien se dice habia bautizado personalmente mas de *quince mil adultos*. Aunque muy avanzado en edad, que casi llegaba á los sesenta, fué recibido por lo mucho que podia servir á los indios, no habiendo aun entre nuestros misioneros alguno que hubiese tenido lugar para aprender su idioma. La presuncion de su habilidad y esperiencia para el grave y honroso cargo que ocupaba, lo hizo recibir sin el mayor exámen. En los dos años de noviciado descubrió una total insuficiencia: verosímilmente la escasez de eclesiásticos en los principios de la conquista en que pasó á las Indias, habia dado motivo á que obtuviese los beneficios y lustrosos empleos á que no habria subido en otras circunstancias. Estuvo cuatro años de novicio, mientras que consultado nuestro padre general, determinó que fuese admitido á los votos. Vivió despues otros cuatro, y murió el de 1581, sin haber tenido en la religion licencias de confesar, edificando con humildad en los mas pe-

queños ejercicios de casa á todo el pueblo de que era tan conocido y amado de todos por la suavidad é inocencia de sus costumbres.

Este ejemplo siguió despues con mas gloria de la Compañía y utilidad del público *D. Juan de Tobar*, prebendado de la Santa Iglesia Metropolitana, y secretario de su ilustre cabildo, sugeto de grandes prendas, y excelente en la lengua mexicana, con que sirvió muchos años, y de cuyas grandes virtudes habrá mucho que hablar en adelante.

Fué recibido en este mismo, *D. Alonso Fernandez*, natural de Segura de la Sierra, doctor en derecho canónico, provisor y visitador que habia sido de este arzobispado, y cura que actualmente era del partido de Ixtlahuaca. Pretendió ser admitido en unas circunstancias muy poco favorables á la Compañía: de cerca de sesenta años de edad, y cargado de achaques, no parecia poder llevar el rigor del noviciado, ni aun sobrevivir sino muy pocos meses á su recibo. Obró Dios que lo llamaba. Entró, vivió en la Compañía catorce años, con fuerzas suficientes para ser enemigo irreconciliable de sí mismo por su austera penitencia, y todo á todos en el apostólico trabajo. Murió en el colegio del Espíritu Santo de la Puebla, con grande opinion de santidad.

Fuera de estos tres ejemplares sacerdotes, se escogieron entre muchos otros pretendientes, ocho estudiantes y algunos coadjutores de mayor esperanza. Entre los primeros fueron muy señalados por sus talentos y calidad, los padres Antonio del Rincon, descendiente de los antiguos reyes de Texcuco, su patria, y el padre Bernardino de Albornoz. Era este jóven hijo único de D. Rodrigo de Albornoz, regidor de esta ciudad, alcalde de las reales Atarazanas, y tesorero de la caja de México, de amables costumbres y vivo ingenio. Despreciadas las grandes esperanzas que le daba la nobleza y opulencia de su casa, y aun el extraordinario favor que debía su padre al rey católico, pretendió seguir nuestro instituto. Rehusó el padre Pedro Sanchez recibirlo sin la licencia de su padre. Este no era mas noble y rico, que piadoso. Pasó á nuestra iglesia con D. Pedro Moya de Contreras que acababa de recibir la noticia de su promocion al arzobispado de esta ciudad, y en presencia de los padres y mucho concurso, ofreció á Dios en las aras de la religion á su unigénito, con una devocion y grandeza de ánimo, que sacó lágrimas á muchos de los circunstantes. El cuidado é instruccion de los novicios se encargó, como de Roma estaba prevenido, al padre *Pedro Diaz*, hombre de trato muy familiar con Dios, y de un

espíritu de dulzura muy propio para este empleo, uno de los que miraba con mas celo y atencion la Compañía.

Primeros fondos del colegio máximo.

En estas circunstancias en que con los nuevamente recibidos habia crecido otro tanto la comunidad, movió el Señor muchos ánimos para hacernos bien. El Sr. virey D. Martin Enriquez dió al colegio una cantera con algunos sitios en el territorio de Ixtapalapa, grande y populosa ciudad en tiempo de los antiguos mexicanos, y que hoy se ve con asombro hecha un monton de informes ruinas. Esta donacion fué de grande alivio para la obra que se emprendió de noviciado, y para las muchas otras que se continuaron en la série. Poco despues un honesto labrador llamado Llorente, ó *Lorenzo Lopez*, aplicó una hacienda de campo, que tenia tres leguas al Sud Oeste de México, avaluada entónces, segun dejó escrito el padre Pedro Sanchez, en catorce mil pesos. La parte desmontada llevaba bellos trigos. Lo demas eran cortes de leña, á causa de los altos montes, en cuya falda misma está situada. La cercanía, la amenidad y la ventajosa situacion de esta hacienda, que domina todo el plan de México, y ofrece á la vista uno de los mas hermosos espectáculos, hizo que se destinase desde entónces para casa de recreo de nuestros estudiantes en tiempo de vacaciones, en que continúa hasta el presente. Dióle el padre provincial en memoria de la que para el mismo fin tiene el colegio de Alcalá, el nombre de *Jesus del Monte*. Hizo al principio el buen labrador donacion de esta hacienda, reteniendo para sí el usufructo; pero despues viendo que el solo dominio de propiedad no aliviaba en nada las urgencias presentes del colegio, cedió tambien esta parte, quedándose él mismo de administrador, y tomando de ella lo necesario á su alimento, hasta que retirado al colegio murió tranquilamente, y yace en el mismo sepulcro de aquellos á quienes amó tan tiernamente. El ayuntamiento de la ciudad, dió tambien á la casa un sitió de huerta á su eleccion en las cercanías de México. Se escogió en un lugar muy fértil, entre la ciudad y el collado de Chapultepec, antiguo palacio de los emperadores mexicanos, junto á la arquería y convento de recoletos de S. Cosme, que allí se edificaron despues de muchos años.

Fundacion del colegio seminario de S. Pedro y S. Pablo.

Con estos socorros y otros que hizo en dinero al colegio el Sr. *Villaseca*, cediendo varias acciones y deudas cobrables, que juntos, hacian la suma de veinte mil pesos, se edificó noviciado y algunos cuartos de habitacion, muy capaces y acomodados, que se incorporaron tres años despues en la obra principal, que emprendió á su costa el mismo in-

signe fundador. No faltaba ya á nuestro colegio otra cosa, que abrir los estudios. Esto era puntualmente lo que el virey y toda la ciudad mas deseaban; sin embargo, aun no se daba paso alguno. San Francisco de Borja, entre otras prudentes instrucciones que habia dado al padre provincial, le habia con especialidad encargado que no se empeñase en abrir escuelas públicas, hasta tener bien zanjados los cimientos de la nueva provincia, conocida la tierra, y seguro del beneplácito de la universidad y comunidades religiosas, cuya amistad y cuyo respeto debia ser uno de sus mas principales cuidados. Interin que este plazo se cumplia, pareció al padre Dr. Pedro Sanchez, debia plantear primero un colegio seminario, sin el cual no podia sacarse el mayor fruto de las escuelas. En los sermones y en las conversaciones privadas trataba muy ordinariamente de la alta dignidad del sacerdocio, de los cargos gravísimos de los pastores de almas, de la virtud y talentos de que deben estar adornados los que se dedican al servicio de la Iglesia, la costumbre antigua de criarlos en recogimiento, tan recomendada en aquellos últimos tiempos por un concilio general; y finalmente, la particular necesidad que habia de esto en un pueblo tan numeroso y tan opulento como este, en que la paz, la riqueza y la abundancia, no ofrecian por todas partes, sino lazos y precipicios, tanto mas amables, cuanto menos conocidos de una edad incauta. Movidos con estas razones los ánimos de algunos ricos ciudadanos, determinaron fundar un colegio seminario, de cuyo origen no podemos dar mas viva y auténticamente idea, que con las palabras mismas con que se halla referido en un manuscrito de cerca de 200 años, que se encuentra en el archivo del real y mas antiguo colegio de S. Ildefonso, y dice así:

Razon del origen que tuvo la fundacion del colegio de los gloriosos y bienaventurados apóstoles y príncipes de la Iglesia católica S. Pedro y S. Pablo de la ciudad de México.

En el año de 1563, poco despues de haber venido y hecho asiento en esta ciudad de México los padres y hermanos de la Compañía de Jesus, el ilustre y muy reverendo padre *Dr. Pedro Sanchez*, provincial de la dicha Compañía, con celo de servir á la Divina Magestad y acudir al remedio y socorro de las necesidades espirituales que la juventud de esta insigne ciudad de México padecia, trató con algunas personas principales de ella, que entre todos ellos se fundase un colegio de que fue-

en patronos, los que en él situasen y fundasen cien pesos de oro común de renta en cada un año, con los cuales honestamente se pudiese sustentar el colegial, que el tal patron en el dicho colegio presentase, y que yéndose fundando de esta manera, él con los demás padres presentes y futuros, ayudaria á su acrecentamiento con la doctrina, así de letras como de virtudes y buena política, que para el dicho fin fuese necesaria, quedando á cargo de los tales patronos el regimen y gobierno del dicho colegio en las temporalidades de él.

Respecto de lo cual muchas personas principales así mesmo con celo del servicio de Dios nuestro Señor, de cuya mano habian recibido los bienes temporales que tenian, y de que sus hijos herederos de ellos se criasen en recogimiento con loables y santas costumbres, se ofrecieron á fundar la dicha renta, luego que el dicho padre provincial alcanzase de S. M. y su muy excelente virey en su nombre, permission y licencia para ello, lo cual tratado por el dicho padre provincial con el muy excelente Sr. D. *Martin Enriquez*, virey de esta Nueva-España, que á la sazón era; S. E. concurriendo á tan santa obra, y con el propio celo del servicio de nuestro Señor, y de que esta su república y ciudad de México fuese mas ilustrada, no solo permitiéndolo, pero agradeciéndolo, dió licencia para ello. El tenor de lo cual es el siguiente.

„D. *Martin Enriquez*, virey, gobernador y capitán general de esta Nueva-España, y presidente de la audiencia real, que en ella reside. Por cuanto el Dr. *Pedro Sanchez*, provincial de la Compañía del nombre de *Jesús*, me ha hecho relacion que él con intencion de servir á Dios nuestro Señor, y hacer bien á la república de esta ciudad, ha tratado con algunos hombres ricos y de calidad, para que hagan un colegio en ella de la advocacion de *S. Pedro y S. Pablo*, y que á su costa lo doten de renta para el edificio y sustentacion de los colegiales que en él se hubieren de poner, los cuales vienen en lo hacer, con que el proveer de las colegiaturas sea de las personas que lo fundaren, y que él y ellos puedan hacer las reglas y constituciones que para su buen gobierno convinieren hacerse; y por mí visto, teniendo consideracion que la obra sea muy conveniente y necesaria. Por la presente doy licencia y facultad al dicho provincial para que pueda tratar lo susodicho con las personas que le pareciere, y con lo que quisieren de su voluntad fundar y dotar el dicho colegio, lo puedan hacer, y hagan para el buen gobierno de él las reglas y constituciones que les parezca convenir, y que la eleccion de los colegiales que en dicho colegio

hubiere de haber perpetuamente, sea de las personas que fundaren y dotaren el dicho colegio, conforme á las constituciones que para ello hicieren, y órden que en ello dieren, segun dicho es, y en nombre de S. M. les aseguro que será guardado lo susodicho, y en ellos no les será puesto embargo ni contradiccion alguna, y que para el dicho efecto de lo fundar y dotar, y hacer las dichas reglas y constituciones, se puedan juntar con el dicho provincial sin incurrir por ello en pena alguna. Fecho en México á 12 dias del mes de agosto de 1573 años.—*D. Martin Enriquez*.—Por mandado de S. E., *Juan de Cuevas*.”

El dicho padre provincial, en virtud de la dicha licencia, en seis dias del mes de setiembre de dicho año de 1573, estando juntos los señores *D. Pedro Garcia de Albornoz*, *D. Pedro Lopez* y *Juan de Avendaño*, en nombre, y como hermano de la Sra. Doña *Catarina de Avendaño*, viuda, muger que fué de *Martin de Ayanguren*, y persona que ya habia situado renta para una colegiatura, y *Alonso Dominguez*, *Alonso Jimenez* y *Francisco Perez del Castillo*, como personas que ya tenian así mesmo situada su renta, juntamente con el Sr. *Melchor de Valdes* que así mismo la impuso y situó para dos colegiales, les dijo y propuso el tenor de la dicha licencia, y dijo; que en virtud de ella podian ya tenerse por patronos de dicho colegio, y como tales recibirse los unos á los otros, y hacer y ordenar estando juntos en forma de cabildo las constituciones y cosas necesarias á la fundacion y conservacion de dicho colegio. Los cuales todos aceptaron la dicha licencia; y en virtud de ella, y teniendo aquella junta por legítimo cabildo, se recibieron por patronos de dicho colegio los unos á los otros, y desde entónces nombraron sus colegiales, para cuyas antigüedades, por evitar discordias se echaron suertes, y cayeron por el órden en que están puestos los patronazgos, y es el siguiente.

- | | |
|--|---|
| 1. Gaspar de Valdes, hijo | 5. Baltazar de Castro, presentado por Don Garcia de Albornoz. |
| 2. Baltazar de Valdes, hijo mayor del mismo. | 6. Agustin de Leon, hijo del Dr. Pedro Lopez. |
| 3. Luis Perez del Castillo hijo de Francisco Perez del Castillo. | 7. Alonso Jimenez, hijo de Alonso Jimenez. |
| 4. Juan de Ayanguren, hijo de Martin de Ayanguren. | 8. Bartolomé Dominguez, hijo de Alonso Dominguez. |

Todos estos colegiales tomaron la beca el día 1.º de noviembre de 1573, y luego en cuerpo de comunidad se presentaron al virey, de donde pasaron á asistir á la apertura, que en memoria del nombre de su ilustre fundador se celebró con una oracion latina ese dia mismo, aunque no tuvo forma de colegio ni se aprobó su ereccion y constituciones por el Sr. virey y arzobispó hasta el mes de enero de 1574. El gobierno del colegio de S. Pedro y S. Pablo confirieron los patronos al Lic. *Gerónimo Lopez Ponce*. Muy en breve creció tanto el número de los colegiales dotados y de convictores, que fué necesario fundar otros varios colegios bajo las advocaciones de *S. Miguel, S. Bernardo y S. Gregorio*, de cuya reunion en el de S. Ildefonso hablaremos á su tiempo.

Muerte de S. Francisco de Borja.

A fines de este año, en flota que arribó á Veracruz en 25 de setiembre, se tuvo la triste noticia de la muerte de S. Francisco de Borja, tercero general de la Compañía, y fundador de las provincias de la América. Este golpe doloroso para todo el cuerpo de la Compañía, debió serlo incomparablemente mas para esta provincia, á quien como engendada á su vejez, amaba el Santo con la mayor ternura. En el colegio se le hicieron justamente al año de llegada á México la Compañía el día 29 de setiembre, muy honrosas exéquias con asistencia de los señores arzobispo y virey, á quien como adeudo, tocaba no pequeña parte del dolor en la pérdida de uno de los mas grandes santos que habia tenido en estos últimos tiempos la España y aun la Iglesia. La seráfica religion, que miraba con razon á este gigante como hijo de su espíritu en el venerable siervo de Dios Fr. Juan de Tejada, y como perfecto imitador de su humildísimo patriarca, le hizo tambien en su convento unas honras magnificas. Le sucedió en el cargo de general el padre *Everardo Mercuriano*.

Va á ordenarse á Pátzcuaro el hermano Juan Curiel.

Con tan rápidos progresos como estos caminaba á su perfeccion la nueva provincia de México. Hasta aquí el celo de sus primeros fundadores habia estado como enclaustrado en el recinto de la ciudad. En este año comenzó ya á dilatar esta viña hermosa sus pámpanos y sus guias del uno al otro mar, y á recoger copiosos frutos en toda la estension del reino. Se intentaba abrir á fines de este año los estudios de *latinidad y poesia*. De los tres hermanos estudiantes que habian venido de Europa y proseguido, como dijimos, sus cursos de teologia en el convento de Santo Domingo, el uno, que era el hermano Juan Curiel, habia acabado ya sus estudios, y faltaba muy poco á los hermanos

Juan Sanchez y Pedro Mercado. Estos tres hermanos, que en las escuelas del orden de predicadores y en las literarias funciones con que los habian honrado sus sabios maestros, se habian atraído la estimacion de todos los hombres de letras que tenia entónces la ciudad, sordos á las lisongeras voces de estos aplausos, no se empleaban dentro de casa sino en los ministerios humildes de refectorio, de cocina, y los demas propios de hermanos coadjutores, de que habia grande escasez para los oficios temporales. De cuatro que habian venido de España, uno se empleó en la hacienda de Jesus del Monte, otro cuidaba de la huerta de S. Cosme, otro de la fábrica y corte de leña, cantera, &c. El hermano *Lope Navarro*, acostumbrado al descanso y puntual asistencia de los colegios de Europa, no pudo sufrir las cortedades de un colegio recién fundado, y fué despedido de la Compañía. Los que habian venido de la Habana hubieron de volver allá muy breve con la ocasion de que hablaremos luego. Con el recibo de algunos que dejamos escrito el año antecedente, se alivió algun tanto esta necesidad, y pudo disponerse promover al sacerdocio al hermano Juan Curiel. Vacaba el obispado de la Puebla, y no estaba aun consagrado el Sr. D. *Pedro Moya de Contreras*, electo arzobispo de México. Se determinó que pasase el hermano Curiel á Pátzcuaro, donde residia entónces la Catedral de Michoacán. Era muy del gusto del padre provincial que con esta ocasion fuese Pátzcuaro la primera ciudad despues de México en que hubiese de residir algun jesuita. Son bien sabidos los esfuerzos que por traer la Compañía á su obispado habia hecho D. *Vasco de Quiroga*. El Illmo. Sr. D. Antonio de Morales, que entónces gobernaba, mostró bien en el gozo con que recibió al hermano Juan Curiel, que no cedia en esta parte á su dignísimo antecesor.

Destinóle un alojamiento muy cómodo en el colegio de S. Nicolás, el mas antiguo de toda la América, fundacion del Illmo. D. Vasco, y cuya administracion, gobierno y cultivo habia deseado ardientemente encomendar á la Compañía. Un espíritu tan activo como el del hermano Juan Curiel no era para estar algun tiempo en la inaccion y en el descanso. Sabiendo que faltaba maestro que leyese gramática á aquella juventud, determinó ocuparse en este ministerio mientras llegaba el tiempo de recibir las ordenes. El Illmo. prelado y cabildo, patron de aquel colegio, no pudieron ver sin mucha edificacion y complacencia tanto retiro, tanta virtud y tanto celo por el público, persuadidos á que la sabiduría y el fervor del espíritu no está siempre vincu-

Su ejercicio en aquella ciudad.

lada á la edad; le hicieron las mayores instancias para que predicase en su Catedral: esto era justamente probarle por el lado mas sensible á su humildad. Sin embargo, hubo de obedecer. Predicó con tanta elocuencia y espíritu, y por otra parte fueron tan sensibles los progresos, que en aquel corto tiempo se experimentaron en toda la ciudad, los antiguos deseos de procurar fundar un colegio, que consiguió el año siguiente. Se ordenó con singular consuelo del Illmo. prelado, y él mismo no contentó con haberle hecho el honor de ser su padrino en la primera misa, quiso aun con un exceso de benignidad predicar en ella, esplayándose en muchas alabanzas del nuevo sacerdote, y de la religion que procuraba ministros tan dignos de los altares y tan útiles á la Iglesia.

Orden del rey para que no salgan los padres de la Habana, y éxito de este negocio.

Apto ya para los ministerios de la Compañía, volvió con sentimiento bastante de todo aquel pueblo al colegio de México, donde nunca sobraban operarios, bien que en la primavera de este año se añadieron dos, que valian por muchos en el espíritu y experiencia. Dijimos como la ciudad de la Habana habia representado á S. M. para que no saliese de aquella isla la Compañía. La resolución de la corte fué muy conforme al celo y amor con que procuró siempre consolar á sus pueblos Felipe II. Escribió al padre Antonio Sedeño que se mantuviese con los demás padres y hermanos en la ciudad. En consecuencia de esto se dió orden al padre Juan Rogel para que en compañía de los dos hermanos volviese otra vez á la Habana, como lo ejecutó prontamente, y fué recibido con las demostraciones de estimacion que le habia profesado siempre aquella buena gente. Fuera del continuo ejercicio de sermones y confesiones que siempre hacian con nuevo fruto, tuvieron este año bastante en que ejercitar su caridad y su paciencia en la instrucción de muchos negros que se compraron de las costas de Guinea para el servicio de las obras públicas. Sensibles á la dulzura y caridad con que los trataban, recibieron con tanto gusto la doctrina, y echó en sus corazones tan hondas raices la semilla evangélica, que fueron dentro de poco tiempo un ejemplar de edificación. Bautizados *sub conditione* con parecer del Illmo. D. Juan de Castilla, no se ocupaban jamas en el trabajo sino rezando á voces el rosario de María Santísima que traian todos al cuello. Preguntados sobre esto de algunos religiosos que burlaban de su piedad como de una supersticiosa ceremonia, recibieron respuestas que les hicieron conocer, no sin confusion, que no está la virtud vinculada al

color, ni es la gracia aceptadora de personas. Tal era la ocupacion de los jesuitas en la Habana, y tales las bendiciones que el cielo derramaba sobre sus trabajos. Entre tanto no se tomaba providencia alguna ni de parte de los ministros de S. M., ni de parte de los vecinos, que no tenian facultades para tanto. Dió el padre Sedeño noticia exacta al padre provincial, y se determinó que todos los padres y hermanos se retirasen á México. Los que habian quedado en la Habana eran los padres Antonio Sedeño y Juan Rogel, con los hermanos Francisco de Villa Real, Juan de la Carrera y Pedro Ruiz de Salvatierra. Los tres primeros eran hombres de muchos años de religion, envejecidos en las hambres, pobreza y necesidades, de que fué siempre muy fértil la mision de la Florida. Todos (dice un antiguo manuscrito) mirados siempre en esta provincia con grande admiracion y reverencia, por su altísima oracion y trato tan familiar con nuestro Señor, acompañado de una rara mortificación de sus pasiones.

Poco despues de llegado á México este nuevo socorro de obreros evangélicos, vino de Guadalajara un capellan de aquella Santa Iglesia, encargado de llevar consigo algunos misioneros jesuitas para aquel obispado, donde habia llegado ya la fama del colegio de México, y del copioso fruto espiritual con que Dios bendecia sus trabajos. Era autor de esta embajada el Sr. D. Francisco de Mendiola, varon admirable, y cuya memoria vive aun en la veneracion y en el respeto de toda la Nueva-España. Vino á las Indias de oidor para la audiencia de Guadalajara, como D. Vasco de Quiroga habia venido á la de México. Tales ministros eran los que merecian la confianza del rey D. Felipe II, que como otro S. Ambrosio, pasaron de los tribunales para ser de los mas santos y celosos prelados que ha tenido la Iglesia en estos últimos tiempos. Promovido á obispo de Guadalajara no juzgó que podia hacer servicio mas importante á su nuevo rebaño, que procurarle algunos misioneros de la Compañía. Oportunamente, para que por la escasez de sugetos no se faltase á la pretension de un pastor tan vigilante, dispuso el Señor, que pasando por México el Illmo. Sr. D. Antonio Morales promovido de Michoacán á la mitra de Tlaxcala ó Puebla de los Angeles, ordenase á los dos hermanos Juan Sanchez y Pedro Mercado. El primero de estos con el padre Hernando Suarez de la Concha, fueron enviados á Guadalajara juntamente con el capellan de su Illma., que traia orden de no volver á la ciudad sin los padres. La ciudad de Guadalajara está al Poniente de México, en cuya estension

Pretende misioneros el Sr. obispo de Guadalajara.

se comprenden no pocos pueblos del arzobispado, y muchos del obispado de Michoacán. Iban por todo este largo camino nuestros misioneros sembrando la divina palabra con tanto consuelo y provecho de aquellas buenas gentes, que no pudiendo los padres detenerse en cada poblacion quanto deseaba su celo, y pedia la necesidad, los seguian por el camino confesándose y gustando de sus saludables instrucciones, hasta que llegando á algun lugar donde habia oportunidad para celebrar el santo sacrificio, comulgaban y volvian llenos de regocijo y de serenidad á su trabajo.

Sus ministros.

La fama de este constante y fructuoso trabajo habia llegado á Guadalajara mucho ántes que los padres. A su arribo, el venerable prelado con un exceso de humildad y benevolencia, acompañada de una amable sencillez que realzó siempre mucho su mérito, salió un largo trecho fuera de la ciudad. Los abrazó con muestras de mucho gozo, y escusándose con la grande estrechez de su palacio, que en efecto era una casa bastantemente incómoda, les dijo: que acomodándose á su gusto y religiosidad les tenia preparado hospedage en el hospital de la Veracruz. Dieron principio á la mision saliendo con los niños de las escuelas hasta la plaza mayor. Se cantó por las calles la doctrina, despues de cuya esplicacion hizo el padre Concha una exhortacion llena de fuego y de energía. Este era el hombre mas propio del mundo para este género de ocupacion. De un celo y caridad á prueba de los mayores trabajos, de un carácter dulce é insinuante en el trato con los prójimos, de un espíritu de penitencia, que tuvieron muchas veces que moderar sus superiores. Su rostro apacible y macilento, su vestido pobre y raído, su conversacion siempre al alma, todo respiraba humildad y compuncion. Bajo tal maestro se formó muy semejante á él el padre *Juan Sanchez*. Los domingos predicaban en la Catedral, cuasi todos los dias en las calles y plazas ó en las cárceles y hospitales. Muy breve tomó toda la ciudad un nuevo semblante. Los prebendados y personas de distincion fueron, conforme á su dignidad, los primeros que dieron ejemplo á lo demas del pueblo haciendo los ejercicios de nuestro Santo Padre, frecuentando los sacramentos, repartiendo gruesas limosnas, y entregándose á obras de piedad. Algunos dias de fiesta se repartian por caridad á decir misa en los pueblos vecinos, que de otra suerte no la oyeran por la cortedad de ministros. Notó el buen padre Concha la muchedumbre que acudia, y la devocion que mostraban en sus semblantes. Vivamente conolido de no poderles aprove-

char por ser extraño su idioma, buscó un libro en que leerles, y lo hacia con tanto afecto y fervor, aunque sin entender una palabra, que cooperando el Señor á su industrioso celo, no se dejaron de experimentar muy buenos efectos en los indios que le escuchaban.

Edificado el Sr. obispo, y gozoso de haber traído á su diócesis unos misioneros tan celosos, iba muchas veces á comer con ellos al hospital. Persuadido á que procurar un establecimiento de la Compañía en aquel pais, seria descargarse de una gran parte del peso de la mitra, comenzó á tratar sobre el asunto con los prebendados de su iglesia, y entre tanto señaló á los padres de la mesa capitular una gruesa limosna. El padre Concha juzgó conveniente pasar á Zacatecas, y á los otros reales de minas vecinos, mucho mas poblados entónces de españoles que Guadalajara. Aunque el venerable prelado y toda la ciudad sentian privarse de la presencia y provecho que traian los jesuitas, sin embargo, como era Zacatecas lugar de su jurisdiccion, se alegraron que participase de tanta utilidad. Esta expedicion no carecia de gravísimos peligros. Se habia de pasar forzosamente por las fronteras de los chichimecos, nacion belicosa y carnicera, y que parecia no haber de sujetarse jamas ni á la dominacion de España, ni al yugo de la fé. Pero el Señor que queria servirse de los padres para mucho bien de aquella cristiandad, dispuso, que pasando á Zacatecas por el mismo tiempo el capitán D. Vicente de Saldivar, los llevase con la mayor seguridad escoltados de una compañía de soldados que traia á sus órdenes. La ciudad de Zacatecas y los reales vecinos eran entónces la parte mas poblada despues de México, de toda la América Septentrional. La codicia del oro y la plata que atraia tanta gente, no ocasionaba ménos vicios. Los tratos *usurarios*, el juego, la disolucion, y sobre todo, la impunidad de todos los delitos, eran una consecuencia necesaria del oro que rueda aun entre las manos de la gente mas despreciable. Los padres llegaron en circunstancias en que pudieron muy brevemente hacerse cargo de todo el sistema del pais, que fué ácia los fines de cuaresma. El confesonario les enseñó cuáles y cuán monstruosos eran los vicios que tenian á la frente. Comenzaron á atacarlos con viva fuerza en los sermones, en las conversaciones privadas, en los consejos que daban á los penitentes. Como los mas eran españoles, y habia mucho tiempo que no oian quien les hablase con tanta claridad y les descubriese las interiores llagas de sus conciencias, las voces de los misioneros hacian un eco saludable en cuasi todos los corazones.

Parten á Zacatecas y pretende colegio